

APORTACIONES DESDE EL ESPAÑOL Y EL PORTUGUÉS
A LOS MARCADORES DISCURSIVOS

COLECCIÓN LINGÜÍSTICA

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Cano Aguilar, Rafael. Universidad de Sevilla

COMITÉ CIENTÍFICO

Anscombe, Jean-Claude. CNRS y Université Paris 13
Borreguero Zuloaga, Margarita. Universidad Complutense de Madrid
Cabrillana Leal, Concepción. Universidad de Santiago de Compostela
Crespo Güemes, Emilio. Universidad Autónoma de Madrid
Donaire Fernández, María Luisa. Universidad de Oviedo
Fierro Bello, M^a Isabel. CSIC
Geeraerts, Dirk. Universidad de Lovaina
Girón Alconchel, José Luis. Universidad Complutense de Madrid
Kabatek, Johannes. Universidad de Zúrich
Larreta Zulategui, Juan Pablo. Universidad Pablo de Olavide
Martínez Vázquez, Montserrat. Universidad Pablo de Olavide
Moreno Cabrera, Juan Carlos. Universidad Autónoma de Madrid
Martín, Salvador. Universidad de Málaga
Pompei, Anna. Università di Roma III
Schierholz, Stefan. Universidad de Erlangen-Nürnberg
Simone, Raffaele. Università di Roma III
Torrego Salcedo, Esperanza. Universidad Autónoma de Madrid

CONSEJO DE REDACCIÓN

Cano Aguilar, Rafael. Universidad de Sevilla
Bruña Cuevas, Manuel. Universidad de Sevilla
Cano Aguilar, Rafael. Universidad de Sevilla
Carrera Díaz, Manuel. Universidad de Sevilla
Comesaña Rincón, Joaquín. Universidad de Sevilla
Falque Rey, Emma. Universidad de Sevilla.
López Serena, Araceli. Universidad de Sevilla
Martos Ramos, José Javier. Universidad de Sevilla
Ruiz Yamuza, Emilia Reyes. Universidad de Sevilla
Salguero Lamillar, Francisco José. Universidad de Sevilla
Valencia Rodríguez, Rafael. Universidad de Sevilla

ANTONIO MESSIAS NOGUEIRA
CATALINA FUENTES RODRÍGUEZ
MANUEL MARTÍ SÁNCHEZ
(COORDINADORES)

APORTACIONES DESDE EL ESPAÑOL
Y EL PORTUGUÉS A LOS
MARCADORES DISCURSIVOS
Treinta años después de
Martín Zorraquino y Portolés



Sevilla 2020

Colección Lingüística
Núm.: 61

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Araceli López Serena
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Esta obra ha contado con la financiación de la fundación
Antonio Messias Nogueira da Silva.

- © EDITORIAL UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2020
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<https://editorial.us.es>>
- © Antonio Messias Nogueira, Catalina Fuentes Rodríguez y
Manuel Martí Sánchez (coords.) 2020
- © De los textos los autores 2020

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain
ISBN: 978-84-472-2912-3
Depósito Legal: SE 1584-2020
Maquetación: Santi García. santi@elmaquetador.es
Impresión: Podiprint

Índice

PRÓLOGO	11
<i>Ignacio Bosque</i>	

PRESENTACIÓN	21
<i>Antonio Messias Nogueira, Catalina Fuentes Rodríguez y Manuel Martí Sánchez</i>	

CUESTIONES GENERALES

CATEGORÍAS, RELACIONES CAUSATIVAS Y ARGUMENTATIVAS: <i>DE AHÍ (QUE)/DE HECHO</i>	31
<i>Catalina Fuentes Rodríguez</i>	

CONSTRUCCIONES, SIGNIFICADO Y SENTIDOS DE LOS MARCADORES DISCURSIVOS DEL ESPAÑOL	55
<i>Manuel Martí Sánchez</i>	

APORTES DEL ENFOQUE DIALÓGICO DE LA ARGUMENTACIÓN Y DE LA POLIFONÍA AL ESTUDIO DEL SIGNIFICADO EVIDENCIAL: ¿Y (TONO CIRCUNFLEJO) ...? ¿X? Y ¿ASÍ QUE X? EN CONTRASTE	77
<i>María Marta García Negroni y Manuel Libenson</i>	

DESCRIPCIÓN

MARCADORES DISCURSIVOS DE REFORMULACIÓN - UN ANÁLISIS CONTRASTIVO EN EL LENGUAJE COLOQUIAL	101
<i>Ester Brenes Peña y Marina González Sanz</i>	

LAS PARTÍCULAS DISCURSIVAS DE CONTROL DEL CONTACTO ¿SABES? Y ¿VES? EN LA CONVERSACIÓN COLOQUIAL	121
<i>Antonio Briz</i>	

EL USO DE <i>SIN EMBARGO/NO OBSTANTE</i> EN UN CORPUS PERIODÍSTICO	151
<i>Maria Vittoria Calvi y Giovanna Mapelli</i>	

LOS MARCADORES CONTRASTIVOS AL CONTRARIO, ANTES AL CONTRARIO Y ANTES BIEN EN ESPAÑOL ACTUAL	169
<i>Maria Josep Cuenca y Maria Estellés</i>	
ES UN MARCADOR DEL DISCURSO, ¿ME ENTIENDES LO QUE TE QUIERO DECIR?	189
<i>María Noemí Domínguez García</i>	
LA COMBINACIÓN DE MARCADORES DISCURSIVOS EPISTÉMICOS Y CONTRAARGUMENTATIVOS: UNA ESTRATEGIA ATENUADORA FUNDAMENTADA EN EL CONTRASTE	209
<i>Sara Fernández Gómiz y M.^a Amparo Soler Bonafont</i>	
CONTRASTE PROSÓDICO-FUNCIONAL EN LOS MARCADORES DISCURSIVOS VAMOS Y VAYA. ESTUDIO DE SUS RELACIONES (AFINIDADES Y DIFERENCIAS) EN LA CONVERSACIÓN COLOQUIAL	227
<i>Antonio Hidalgo Navarro</i>	
FUNCIONES, POSICIÓN Y UNIDADES DISCURSIVAS EN NO SÉ Y YO QUÉ SÉ	249
<i>Ana Llopis Cardona</i>	
LOS MARCADORES DISCURSIVOS OYE Y MIRA EN ESPAÑOL	273
<i>Margarita Porroche Ballesteros</i>	
DIGAMOS Y ONDA EN EL ESPAÑOL HABLADO DE SANTIAGO DE CHILE: FUNCIONAMIENTO PRAGMÁTICO Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL DE SU EMPLEO.....	293
<i>Abelardo San Martín Núñez</i>	
CONTRASTE ENTRE VARIEDADES	
COMPARACIÓN, MODALIDAD Y VARIACIÓN DIALECTAL: A PROPÓSITO DE ALGUNOS MARCADORES DISCURSIVOS CON MÁS VALE	315
<i>Ramón González Ruiz</i>	
EL USO DE LOS MARCADORES DE ACEPTACIÓN EN COLOMBIA, ESPAÑA Y MÉXICO: UN ACERCAMIENTO DESCRIPTIVO.....	345
<i>Anais Holgado Lage y Patricia Serrano Reyes</i>	
ESTUDIO CONTRASTIVO DE LOS EVIDENCIALES POR LO VISTO Y SE VE (QUE) EN LAS VARIANTES DIALECTALES DEL ESPAÑOL	363
<i>Marlies Jansegers y Marta Albelda</i>	

CONTRASTE ENTRE LENGUAS

MARCADORES DEL DISCURSO: CONTRASTE Y ENSEÑANZA	385
<i>Antonio Messias Nogueira</i>	
<i>PUES</i> EN COMUNIDADES DE HABLA DE CHILE Y ESPAÑA Y SUS VALORES EN LA TRADUCCIÓN AL PORTUGUÉS DE BRASIL	405
<i>Adriana Marcelle de Andrade Freitas y Maria Roberta Pereira Nelo</i>	
<i>ENTÃO</i> ~# <i>ENTONCES</i> EN POSICIÓN INICIAL DE DISCURSO: UNA DIFERENCIA DISTRIBUCIONAL ENTRE ESPAÑOL Y PORTUGUÉS	425
<i>Ana Cristina Macário Lopes y Salvador Pons Bordería</i>	
<i>DE ORA E ORA BEM</i> A <i>AHORA</i> E <i>AHORA BIEN</i> : ESPECIFICIDADES DOS MARCADORES DISCURSIVOS E ENSINO DA LÍNGUA	443
<i>Maria Aldina Marques y Xosé Manuel Sánchez Rei</i>	
EL MARCADOR DISCURSIVO <i>DESDE LUEGO</i> Y SUS POSIBILIDADES EN PORTUGUÉS DE BRASIL: CONTRASTES DISCURSIVOS Y PRAGMÁTICOS	467
<i>Daniel Mazzaro y Mariana Ruas</i>	
EL MARCADOR DISCURSIVO <i>TIPO</i> : ¿UN <i>TIC</i> O UN <i>TIQUE</i> PARA FACILITAR EL PROCESAMIENTO DE ENUNCIADOS?	485
<i>Marisa Moreda Leirado y Nancy Vázquez Veiga</i>	
SOBRE LOS EDITORES	503

PRÓLOGO

Ignacio Bosque

Universidad Complutense de Madrid, Real Academia Española

Las cadenas implícitas de razonamiento que se requieren para procesar buena parte de los intercambios verbales cotidianos conllevan inferencias de extrema complejidad. A la vez, y por razones misteriosas, esas inferencias nos suelen parecer naturales, evidentes, de puro sentido común. Es casi imposible que las máquinas las descifren y las procesen, pero los hablantes damos con ellas al instante. De hecho, convertimos sin esfuerzo alguno lo que oímos o leemos en “lo que verdaderamente se nos quiere decir” a través de un conjunto de sutiles filtros cuya naturaleza última –quizá retórica, psicológica, antropológica o todo ello a la vez– se nos escapa en gran medida.

Supongamos por un momento que conectamos la radio cuando un locutor deportivo narra su crónica sobre cierto partido de fútbol ya concluido. El locutor nos habla del “pundonor de los jugadores”, de su “extraordinario esfuerzo” y de su “indiscutible valentía”, y añade que “se dejaron la piel en el campo”. Es posible, desde luego, que el oyente se equivoque, pero hará bien en deducir de toda esa información que el equipo perdió el partido. La pregunta natural es por qué los hispanohablantes (quizá los hablantes, en general, ya que este fenómeno se da también en otras lenguas y culturas) realizamos con sorprendente unanimidad esa extraña, casi mágica, pirueta argumentativa: un texto nos pondera ciertas cualidades de un grupo de deportistas, y nosotros concluimos que, en realidad, nos está diciendo que fracasaron en alguna empresa. El discurso que escuchamos no nos habla (todavía) de fracaso; no hace falta que añada que a los jugadores “les faltó suerte”, o que “fallaron ocasiones claras”. Esas serían descripciones pormenorizadas de la derrota que podrán llegar luego, pero la inferencia de la que hablo no precisa de tal descripción. Basta que una crónica deportiva comience ponderando el enorme esfuerzo y el extraordinario pundonor de los jugadores en algún encuentro para que nosotros tendamos a concluir que esos méritos resultaron inútiles.

¿Cómo lo hacemos? ¿Podría un programa informático llegar a esa misma conclusión, expuesto a las mismas informaciones verbales? Sé que algunos autores dan una respuesta positiva a esta última pregunta, mientras que otros contestan de forma negativa. El oyente espera de manera implícita que la noticia más importante vaya en primer

lugar. Si esa noticia fuera la del triunfo del equipo, se esperaría que el periodista amplificara el éxito. La crónica tendría que empezar señalando que nuestro equipo “machacó” al contrario, “desarboló sus defensas” y probablemente “dio una lección de buen fútbol”. Pero si el periodista no puede comenzar su discurso de una forma tan épica, tendrá que sustituir la buena noticia inicial por otra que deje algún consuelo en la audiencia: la relativa al buen desempeño de los jugadores. A su vez, el oyente sabe que esa no es la buena noticia que esperaba, de modo que deduce que se le está ocultando otra de mayor relevancia: el resultado del partido. Como esta otra noticia favorable no va en primer lugar, el oyente infiere que la buena noticia sustitutoria es una especie de caramelo destinado a endulzar la derrota que no se le comunica en toda su crudeza.

Dudo mucho que un programa informático sea capaz de moverse con soltura entre tan escurridizas y rebuscadas suposiciones, pero lo cierto es que los hablantes nos entendemos a diario gracias a ellas. El ejemplo de la crónica deportiva no es un caso aislado, a diferencia de lo que pudiera parecer: si la mayor parte de nuestros intercambios verbales son efectivos, no es únicamente porque entendamos de forma literal las secuencias que resultan del sistema composicional que articulan la sintaxis, la morfología y el léxico. Por el contrario, como se ha señalado en múltiples ocasiones, tenemos algún éxito en nuestra comunicación cotidiana porque filtramos los resultados de esas estructuras por una serie de complejos principios inferenciales que los especialistas en pragmática investigan desde hace años y los expertos en retórica empezaron a entrever hace siglos.

Una de las características más notables del sistema deductivo al que me refero (esté o no caracterizado en función de las llamadas “máximas conversatorias”) es el hecho de que no proporciona resultados absolutos. De hecho, los hablantes se equivocan a menudo cuando aplican esos principios. Existen, desde luego, muchas posibilidades de que el oyente que escuchaba en la radio al locutor que he inventado hace un momento estuviera en lo cierto en su diagnóstico, pero también existen algunas de que fallara en su conclusión, y acabara descubriendo que el equipo ganó el partido después de todo. De modo más general, la interpretación de las insinuaciones, las exageraciones, ciertas comparaciones, las indirectas, la ironía, el humor, la retranca, el retintín, el silencio inesperado y otros muchos fenómenos cercanos a estos es el resultado de un proceso de cálculo que puede resultar fallido, tal como el sustantivo *mal-entendido* refleja con precisión en nuestra lengua.

Posee un notable interés el hecho de que la inestabilidad en los resultados de aplicar principios conversatorios a la interpretación de fenómenos como los que acabo de enumerar desaparezca casi por completo cuando los contenidos proposicionales están vinculados por marcadores o conectores discursivos. Estos elementos –a menudo partículas, aunque no siempre– introducen un orden conceptual determinado, casi nunca cancelable, entre tales contenidos, de forma que unas situaciones pasan ser la causa de otras, o bien su consecuencia, su finalidad o su justificación. Unas se interpretan como objetivos buscados; otras, como resultados inesperados, sean favorables o no, y algunas se ordenan internamente en términos de verosimilitud o de fuerza argumentativa, en

función de lo que el hablante desee concluir. Los marcadores discursivos no solo canalizan la información, sino que dan propiamente sentido a los textos articulados, ya que con ellos se construyen las argumentaciones, se modulan, se atenúan o se enfatizan los asertos, se rebaten las objeciones y, en general, se hilvanan los discursos.

Es oportuno recordar en este punto que ciertas relaciones argumentativas se apoyan objetivamente en el significado de las palabras que los marcadores del discurso vinculan, mientras que otras –quizá la mayor parte– solo se sustentan en nuestro conocimiento extralingüístico, nuestras convicciones y nuestras expectativas; en último extremo, en nuestra racionalidad. Lo cierto es que pasamos de unas a otras sin apenas notar la diferencia. Acudiré a un marcador muy estudiado para llamar la atención sobre ella: el adverbio *incluso*. Al enunciado *Es posible que se produzca una nueva devaluación* puedo añadirle una coletilla: *...es incluso probable*. Por el contrario, al enunciado *Es probable que se produzca una nueva devaluación* no podría añadirle de ninguna manera la coletilla **...es incluso posible*. El aspecto que me interesa resaltar es la naturaleza lingüística del asterisco que acabo de plantar ante esta última secuencia. Descarto ahora, como es lógico, los efectos humorísticos que pudieran buscarse, así como los posibles logros estéticos que un buen poeta pudiera obtener si es capaz de alterar la relación semántica objetiva entre esas palabras. La anomalía que el asterisco atestigua es estrictamente lingüística: depende del significado de los adjetivos *posible* y *probable*. La relación escalar que se da entre ellos es parte de nuestro conocimiento del léxico, reflejado en alguna medida en los diccionarios. No importa qué se vaya a devaluar, ni tampoco cuál sea nuestra actitud particular hacia la eventualidad de que ese proceso tenga o no lugar. El asterisco muestra un conflicto argumentativo de base léxica que desemboca en un choque sintáctico. Su objetividad se deduce del simple hecho de que no corresponde a cada hispanohablante establecer particularmente la relación escalar que se da entre los adjetivos *posible* y *probable*, de modo que podemos mantener el asterisco ante cualquier valor de *X* en la pauta **X es probable; es incluso posible*.

Supongamos ahora que la oración de la que partimos es *Juan está dispuesto a trabajar los viernes, incluso los sábados*. Si realizamos una permutación paralela a la anterior, obtendremos *Juan está dispuesto a trabajar los sábados, incluso los viernes*. La secuencia obtenida podría parecer extraña, pero, como es lógico, el asterisco resultaría improcedente. La nueva oración no nos obliga a redefinir el significado de los sustantivos *viernes* y *sábado*, sino a encontrar una situación en la que “trabajar en viernes” sea menos favorable para alguien que “trabajar en sábado” (técnicamente, “esté orientado en un punto inferior de una escala argumentativa relativa a los días en que resulta más favorable trabajar”). El hablante logrará su propósito en función de la composición de lugar que sea capaz de idear. Será muy fácil dar con ella si pensamos, por ejemplo, en las diferencias entre las festividades musulmanas y las judías, pero existen otras alternativas que podrían dar sentido a ese enunciado sin alterar nuestro universo cultural.

El punto que deseo destacar es el hecho de que, en este segundo caso, la gramática fuerza una relación argumentativa de naturaleza escalar y deja enteramente al

arbitrio del hablante –más exactamente, de su racionalidad– la tarea de comprobar si el mundo al que tiene acceso es o no compatible con dicha relación. Puede suceder que no lo sea, y que el oyente o el lector fracasen en sus esfuerzos por darle sentido. Sería posible incluso que un autor literario –Ionesco, sin ir más lejos– tratara de sacar partido estético de ese fracaso, y el resultado de su intento sería evaluado por los lectores o los espectadores como el de cualquier otro efecto artístico.

En el caso de *posible* y *probable*, el adverbio *incluso* establecía una relación entre dos significados que el léxico proporciona y que el hablante no puede cambiar. La situación que se obtiene es considerablemente distinta en el segundo ejemplo, relativo al trabajo en viernes o en sábado. La gramática nos dice: “Yo llego hasta aquí, puesto que ni la sintaxis ni el léxico aportan más información. Podrás dar sentido a la relación escalar que acabo de establecer si el mundo en que vives es compatible con ella; tú verás”.

He dicho “la gramática”, no “la pragmática”. No ha sido un lapsus. Este breve prólogo no es el lugar apropiado para introducir una discusión de fondo sobre el lugar que corresponde a la pragmática entre las disciplinas lingüísticas, por lo que me limitaré a recordar que la mayor parte de los marcadores discursivos son adverbios, preposiciones, conjunciones o interjecciones, o bien locuciones correspondientes a esas clases de palabras. Resultaría absurdo sostener que la gramática no va más allá de categorizar esas unidades léxicas, y que todo lo demás queda fuera de sus fronteras. Muy al contrario, las relaciones semánticas que los marcadores establecen se integran plenamente en la gramática, como se integraban tradicionalmente los significados que expresan las partículas elementales: causa, consecuencia, condición, concesión, contrariedad, etc. Algunas de esas nociones (especialmente concesión y adversación) han sido descompuestas en otras más elementales a partir de inferencias relativas a lo que es o no esperable en determinadas circunstancias. Pero el hecho de que podamos descomponerlas no las cambia de lugar: las relaciones semánticas que establecen son, indudablemente, parte de la gramática.

No se me escapa que se ha argumentado en sentido contrario, aduciendo, por ejemplo, que los marcadores discursivos pueden sustentarse en estereotipos de naturaleza enteramente cultural. Puede servir de ilustración el lugar común que daría sentido al uso de *pero* en la oración *Es alemán, pero tiene un excelente sentido del humor*. Los marcadores discursivos no pueden encapsular léxicamente, como es lógico, informaciones estereotipadas de naturaleza cultural, pero nótese que para vincular relaciones argumentativas plenamente integradas en la gramática no es preciso suponer que lo hacen. La gramática nos fuerza a interpretar como contrapuestos (en el sentido de “orientados argumentativamente de forma contraria”) los predicados *ser alemán* y *tener un excelente sentido del humor*. Como antes, la racionalidad del hablante deberá determinar si el mundo que conoce es compatible o no con tal contraposición. Lo que no podrá hacer es alterar la contraposición misma, o sustituirla por otra de su gusto, si desea dar sentido a esas palabras.

Los marcadores del discurso se han comparado en varias ocasiones con las señales de tráfico. La imagen es muy acertada: una señal de tráfico nos puede decir que es obligatorio girar a la derecha en un determinado lugar, pero no nos dirá qué encontraremos a la derecha cuando giremos. Un conector nos puede obligar a interpretar cierta información como causa, como consecuencia (esperable o no) de otra o como condición suya, y también puede mostrárnosla como una evocación, una cita o un estadio argumentativamente superior dirigido a una conclusión ulterior. Pero ni la gramática ni ninguna otra disciplina –lingüística o no– pueden proporcionarnos listas de informaciones que hayamos de interpretar como causas, consecuencias, condiciones, evocaciones o estadios argumentativamente superiores. Si nos parece natural que formen parte de la gramática informaciones como “Interprete usted A como antecedente de B”, o “...como subconjunto de lo denotado por B”, o “...como restrictor del significado de B”, o “...como argumento interno del predicado B”, no puede haber nada en contra de suponer que también corresponden a la gramática instrucciones como “Interprete usted A como condición para que se dé B”, o “...como situación orientada argumentativamente en sentido contrario a B”.

Es oportuno recordar que la relación sintáctica que llamamos *yuxtaposición* se llena a menudo de contenido gracias a inferencias de naturaleza pragmática, y también que la elección entre la lectura causal, condicional o modal de muchos gerundios y participios en posiciones adjuntas depende de factores contextuales que podemos precisar después de entrever un vínculo argumentativo que la sintaxis no nos presenta de manera explícita. A todo ello se añade que la relación semántica que existe entre los argumentos de muchos predicados (por ejemplo, la que se establece entre sujeto y objeto en verbos como *provocar*, *implicar*, *condicionar* o *conllevar*) no puede ser restringida léxicamente. Ni la gramática ni el léxico nos pueden ayudar a vincular los argumentos de esos predicados (por ejemplo, *A* y *B* en la pauta *A condiciona B*) en las oraciones simples en la que aparecen. Si no damos con los sintagmas que llenarían apropiadamente esos huecos en el contexto adecuado, no habrán fallado la sintaxis ni el léxico, ni siquiera la pragmática. Habrá fallado nuestra capacidad de relacionar causas y efectos; en definitiva, nuestra racionalidad.

Confieso que nunca he comprendido bien la postura de los lingüistas que interpretan la pragmática como una disciplina ajena a la gramática. No descarto, desde luego, que uno de los factores que puedan explicar mi incapacidad para entenderlo sea el hecho de que mi trabajo lingüístico se haya orientado casi siempre por otros derroteros. En cualquier caso, nadie negaría que es preciso tener en cuenta informaciones de naturaleza pragmática para interpretar los artículos, los pronombres personales, los demostrativos, los interrogativos o los exclamativos, además de muchas preposiciones, conjunciones y verbos auxiliares, entre otras clases de palabras. No sería adecuado concluir que las informaciones necesarias –indudablemente pragmáticas– para dar sentido a esas expresiones en gran número de contextos son ajenas a la gramática.

El que podamos codificar sintácticamente de varias formas una misma noción pragmática no implica tampoco que esa noción sea externa a la gramática. Para ilustrar esta idea basta recordar que una relación escalar muy similar a la que antes reconocíamos en el adverbio *incluso* se da entre el infinitivo que complementa al verbo auxiliar *llegar* en la perífrasis “*llegar a + infinitivo*” y la secuencia que puede preceder a esa perífrasis en una estructura coordinada. Podemos obtener así el esquema *A, y llegar a B*, donde *A* y *B* son sintagmas verbales que denotan acciones, como en la oración *Salieron durante un tiempo y llegaron a comprometerse*. Repárese en que ninguna descripción gramatical de esta perífrasis verbal puede dejar de vincular *A* con *B*, por más que ese vínculo sea de naturaleza pragmática. Se obtiene una conclusión muy similar con la perífrasis “*empezar + gerundio*”, ya que, tras “*Empezó V-ndo...*” se esperan acciones que superen argumentativamente lo que expresa el primer estadio de una serie incremental supuesta. Debe resaltarse que ni *llegar* ni *empezar* son marcadores discursivos, sino verbos auxiliares que se vinculan con otros predicados a través de una relación escalar. Dicha relación es pragmática, y puede ser codificada gramaticalmente de varias formas, incluso –como vemos– sin marcador discursivo alguno. Como antes, el resultado será o no feliz en función de que el hablante y el oyente sean capaces de construir e interpretar, usando información extralingüística, las escalas argumentativas que la sintaxis crea.

Ni la gramática ni el diccionario pueden contener explícitamente las escalas argumentativas que los hablantes construyen. Los marcadores discursivos nos proporcionarán las posiciones relativas de las expresiones que hemos de situar en ellas, pero –ciertamente– no pueden construirlas. Tampoco lo hace la pragmática. Si lo hiciera, esas escalas podrían estar disponibles para todos en algún repertorio imaginable, a diferencia de lo que sucede, y no se podrían modificar en función de nuestros propósitos, también a diferencia de lo que resulta ser cierto. El análisis pragmático de las escalas a las que aludo es parte de la gramática porque son las palabras (*llegar a, incluso, empezar, etc.*) las que nos obligan a jerarquizar los conceptos que estas voces vinculan en función de la orientación argumentativa que queramos dar a nuestro discurso. Las consideraciones de naturaleza pragmática nos harán ver de qué forma se pueden adaptar y modificar las escalas que esas palabras crean, pero todo ello seguirá formando parte del análisis gramatical mismo. Así pues, son el hablante y el oyente los que construyen dichas escalas. Lo hacen de la forma en que la gramática les indica, y les dan sentido procurando por todos los medios a su alcance que el mundo que conocen sea compatible con ellas.

Es frecuente entre nosotros asociar, sin fundamento claro, el estudio de la pragmática con el de los niveles supraoracionales. Esta asociación no suele tener en cuenta que no es preciso exceder el límite de un sintagma nominal para que las informaciones de naturaleza pragmática se hagan presentes, al menos en ciertos casos. Para interpretar el sintagma nominal *la gente pobre pero honrada* no hace falta siquiera acudir al verbo del que este sintagma puede ser sujeto o complemento. La relación discursiva que *pero* establece entre *pobre* y *honrada* es, sin duda alguna, pragmática (de hecho, se suele formular a partir de inferencias basadas en el concepto de ‘expectación’),

pero a la vez no sobrepasa el límite de dicho sintagma nominal, ya que involucra contenidos predicativos, pero no proposicionales.

Otras veces es preciso rebasar un sintagma nominal para acceder a informaciones gramaticales de naturaleza pragmática, pero no es necesario sobrepasar el límite de la oración simple más inmediata: la expresión *el médico* designa cierto individuo particular, conocido de mi interlocutor, en *El médico murió ayer*. En cambio, no sucede necesariamente así en *El médico me ha recomendado hacer más ejercicio*, donde se suspende misteriosamente la llamada “condición de familiaridad” asociada con el artículo determinado. La fijación de la referencia de las llamadas *expresiones definidas débiles* (ingl. *weak definites*), muy estudiadas en los últimos años, está condicionada sin duda por factores pragmáticos; pero, como se ve, el análisis de estos factores no exige necesariamente sobrepasar la sintaxis de la oración. Ciertamente, no tendría mucho sentido concluir que no corresponde a la gramática analizar el significado que aporta el artículo determinado en estos casos, y que su papel como disciplina lingüística debe limitarse a los contextos en los que el artículo definido introduce expresiones con referentes familiares o consabidos.

De modo más general, el hecho de que el significado de algunas expresiones lingüísticas esté infradeterminado por la sintaxis no implica que su interpretación semántica exceda el marco de la gramática. Los complementos preposicionales del nombre proporcionan otro ejemplo claro de este hecho. La sintaxis no puede precisar si el sintagma nominal *el cuadro de la casa roja* alude a cierto cuadro que contiene una casa roja, o bien a cierto cuadro que se halla en una casa roja. Como la sintaxis (entendida ahora en su sentido más estricto) no nos ayuda a elegir entre la pauta “continente-contenido” y su opuesta, podemos preguntarnos si lo haría la pragmática. Posiblemente, la pragmática nos dirá que nos fijemos en el tópico discursivo: si estamos hablando de un museo (es decir, un “edificio en el que se exponen cuadros”), la interpretación correcta será la primera. Si, por el contrario, nos hallamos en un pueblo y estamos seleccionando cuadros de interés después de haber visitado unas cuantas casas, la interpretación correcta será la segunda. No sería difícil construir ejemplos en los que se obtendría una u otra interpretación. Nótese que la pragmática no podría decirnos mucho más. Pero, como antes, al introducir el tópico discursivo en el análisis no estaríamos sobrepasando el marco de la gramática. Tampoco lo rebasaremos al encontrar fuera de la oración el antecedente de un pronombre, el foco de una expresión antepuesta, un vocativo o un tópico que se van a retomar en el interior de una proposición, o una expresión referencial en un contexto de anáfora asociativa.

Desde luego, alguien podría optar por redefinir *gramática* de otra forma, por ejemplo de manera tal que excluyera el análisis de los significados. No creo que esa opción fuera hoy suscrita por ningún especialista, aunque tengo la impresión de que algunos que no lo son parecerían desear lo contrario. La opción a la que me refiero ha sido atribuida sin fundamento alguno a la gramática formal, como antes lo fue –igualmente sin justificación– a la gramática estructural, al menos en la mayor parte de sus corrientes. Dicha concepción de la gramática es tan irreal que ni siquiera fue considerada por

nuestra tradición, en la que se percibe a cada paso que las etiquetas gramaticales mismas recubren contenidos semánticos y discursivos de muy variada índole.

El análisis de los marcadores del discurso es el objeto de una rama de la pragmática que ha crecido exponencialmente a lo largo de esos últimos decenios. Una de las razones de ese crecimiento ha sido la fehaciente constatación de que las relaciones discursivas que los marcadores expresan superan en mucho a las que podríamos considerar estrictamente lógicas (causa, consecuencia, condición, etc.). De hecho, hoy sabemos que las nociones involucradas incluyen la evidencialidad, la miratividad, la atenuación, la rectificación, la reformulación, el refuerzo, la digresión, así como muy diversas manifestaciones de la expectación y la contraexpectación, entre otros muchos conceptos. Cada uno de ellos presenta, además, numerosas variantes, así como sutiles matices, lo que justifica plenamente que no exista acuerdo entre los especialistas sobre la mejor forma de establecer tipologías de marcadores discursivos. Como se sabe, a ese amplio conjunto de nociones se agregan las que corresponden a otras formas de modalidad, entre otras las que aportan los múltiples significados expresivos y apelativos asociados tradicionalmente a las interjecciones.

He recordado en estas mismas líneas que la información que encierran los marcadores discursivos posee puntos de contacto interesantes con la que aportan los principios conversatorios, aun cuando podamos situar ambas en dominios diferenciados de la pragmática. Para enfatizar la estrecha relación que se da entre estos dos ámbitos retomaré el mismo ejemplo que he presentado antes, al aludir a las relaciones escalares: *Salieron durante un tiempo y llegaron a comprometerse*. Si leemos este fragmento, sabremos al instante que las dos personas de las que nos están hablando (omito ahora el sujeto de *salieron*) no se casaron. Inferimos que probablemente estuvieron cerca de ello, pero también podemos deducir –casi con total seguridad– que no hubo boda.

¿Cómo realizamos esta nueva deducción? Nótese que el verbo *comprometerse* constituye el fragmento final del ejemplo, pero también la acción que la perífrasis “*llegar a + infinitivo*” sitúa en el estadio último de cierta secuencia de acontecimientos. Como no se menciona ninguno posterior, el oyente o el lector infieren –acudiendo a alguna versión de la máxima de cantidad, quizá subsumible en la de relevancia– que el compromiso es el estadio final del que se desea informar. De manera análoga, si nos dicen que un hombre y una mujer que “fueron novios” (sin más precisiones temporales), entendemos, en función de la misma inferencia, que tampoco alcanzaron un estadio ulterior, el del matrimonio, que haría irrelevante informativamente la alusión a esa etapa previa (cf., por el contrario, *Fueron novios durante cinco años*, donde el complemento temporal representa el foco informativo).

Así pues, para interpretar el complemento de *llegar a* en relación con el sintagma que lo precede (*salieron durante un tiempo*), necesitamos una escala pragmática, mientras que, para inferir que no hay estadios posteriores a “comprometerse”, necesitamos un principio conversacional de relevancia. Los hablantes combinamos la primera información con la segunda de forma instantánea, además de automática. Es más, cualquier no

lingüista al que expusiéramos someramente estos razonamientos los recibiría con cierto recelo, y no sería incluso de extrañar que considerara absurda la cuestión misma de cómo percibimos y procesamos todos esos significados. Nos diría con toda probabilidad que interpretar esa frase es una cuestión de “puro sentido común”, y seguramente no entendería nuestro deseo de ir un poco más allá de esa respuesta, tan correcta como insuficiente.

Los artículos reunidos en la presente antología de estudios ponen de manifiesto el intrincado uso que los hispanohablantes hacemos de los conectores y marcadores discursivos. Se retoman aquí desde nuevos enfoques algunos de los marcadores más estudiados, y se abordan otros que no habían sido tratados en la bibliografía precedente. A diferencia de otras antologías similares, en esta se da especial relevancia a la variación atestiguada, sea interlingüística o intralingüística. El lector encontrará interesantes reflexiones sobre las notables diferencias de uso a las que un mismo marcador da lugar en varias lenguas románicas o en distintas variantes del español. Los trabajos reunidos se apoyan en una amplia documentación procedente de corpus de lengua oral o escrita, y muestran un profundo conocimiento de las cuestiones teóricas que se suscitan.

Tanto si el lector trabaja habitualmente en estas cuestiones como si no es así pero –como en mi caso– desea estar al tanto de los avances de la investigación contemporánea en este campo, estoy seguro de que disfrutará con la lectura de los capítulos de este libro. Uno de sus mayores logros es precisamente el de estimular al lector curioso, atento e interesado, y sobre todo hacerle reflexionar a cada paso sobre el lugar que todas estas informaciones ocupan en el sistema lingüístico que compartimos; el mismo que –sea desde un ángulo o desde otro– entre todos pretendemos desentrañar.

Madrid, octubre de 2018